



IA

RAZÓN, FE Y LA LUCHA DE LA CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL

Por Samuel Gregg

2 de septiembre de 2017

La abierta defensa del presidente Trump de la civilización occidental, en su discurso de julio de 2017 en Varsovia, fue un notable recordatorio de que una característica preocupante de nuestro tiempo es el asalto continuo a la misma idea de Occidente. Esto se manifiesta más claramente en el uso implacable de la violencia física por parte de los yihadistas decididos a aterrorizarnos primero a la aquiescencia y, finalmente, a la sumisión.

Sin embargo, tampoco hay una escasez de esfuerzos para dismantelar la cultura occidental desde su interior. A veces esto sucede concentrándose en los males reales cometidos por los occidentales, como la esclavitud, mientras estudiosamente se ignoran o denigran los impresionantes logros occidentales. En otras ocasiones, las raíces más profundas de Occidente son condenadas como herencias intrínsecamente opresivas y pesadas heredadas por hombres muertos, blancos y logocéntricos.

Un efecto de estos ataques es que nos obliga a aclarar lo que es central en la cultura occidental. Es evidente que la civilización occidental no es algo primariamente geográfico. ¿Alguien podría sugerir que un país del hemisferio sur como Australia o un estado de Oriente Medio como Israel no es parte de Occidente porque cada uno existe fuera de América del Norte y Europa?

Nos movemos hacia un terreno más firme cuando empezamos a listar logros que solo pueden ser descritos como productos de Occidente. Nadie designaría a la regla de san Benito, la Carta Magna, el *David* de Miguel Ángel, la *Misa de Coronación* de Mozart, *Gorgias* de Platón, la *Riqueza de las Naciones* de Adam Smith, el *Corpus Juris Civilis* de Justiniano, Monticello de Jefferson, o *Ricardo III* de Shakespeare como representativas de las culturas japonesa, persa o tibetana. Del mismo modo, ¿alguien cuestionaría seriamente que ideas tales como el estado de derecho, el gobierno limitado y la distinción entre los reinos espiritual y temporal, se hayan desarrollado y recibido su expresión más plena en las sociedades occidentales en lugar de las culturas javanesa o árabe?

Estas cosas, sin embargo, son esencialmente derivadas. Proceden de compromisos filosóficos y religiosos concretos sin los cuales el Occidente, tal como lo conocemos, nunca podría haberse desarrollado. Cuando esos fundamentos son sacudidos, no debe sorprendernos que todo lo que está construido sobre ellos comience a bambolearse.

La razón como raíz de la libertad y la justicia

Tal vez el primer cimiento de construcción en el que se piensa al considerar las raíces de Occidente es el compromiso de investigación razonada en busca de la verdad. La razón opera en todas las sociedades, porque es una de las características definitorias del hombre. Sin embargo, el énfasis en la capacidad de nuestras mentes para aprehender la realidad —y no sólo las potencialidades empíricas y las realidades, sino también las verdades filosóficas y religiosas— está entrelazado en el tejido mismo de Occidente.

Consideremos al pensamiento socrático, la cuidadosa clarificación del derecho romano sobre las diversas relaciones jurídicas, o al esfuerzo de los pensadores de la Ilustración para aplicar el método científico. Cada uno de ellos constituye un intento explícito de comprender y dar forma a aspectos de la realidad, así como de distinguir qué opciones son racionales, buenas y correctas de aquellas que no lo son. También ayudaron a facilitar sabios hábitos intelectuales y sociales: la cautela frente la superstición y el deseo de evitar el error, así como la preocupación por las relaciones justas, la sospecha ante el poder arbitrario y el apego a la libertad.



IA

Sin duda, las huellas de estas ideas pueden encontrarse en otras culturas, aunque posiblemente no en formas tan refinadas y consistentes. Estas características también tardaron siglos en desarrollarse como ingredientes clave de las sociedades occidentales, y no sin prueba y error. Sin embargo, la idea de que la razón misma está intrínsecamente conectada con la libertad, la justicia y el hacer el bien ha sido fácilmente detectada desde el rechazo de Sócrates a obedecer a la oligarquía ateniense y a participar en la detención y ejecución injusta de León de Salamina.

Incluso los monarcas absolutistas europeos generalmente trataban de evitar ser vistos actuando arbitrariamente. El gobierno arbitrario, según ellos, era ampliamente considerado como una infracción de las exigencias de la justicia y la razón y, por lo tanto, se arriesgaban a la resistencia, como descubrió Carlos I de Inglaterra. Los mismos criterios nos permiten identificar a los regímenes comunistas o nacionalsocialistas como antitéticos de la cultura occidental precisamente porque subordinaban a la libertad y a la justicia a los caprichos de la «dictadura del proletariado» o «la raza superior».

Sin embargo, ni la libertad ni la justicia en Occidente han sido reducibles a la eliminación de la coerción injusta. La razón misma nos permite saber que podemos transformar no sólo el mundo que nos rodea sino también a nosotros mismos en la dirección de lo que la razón identifica como bueno y correcto para los seres humanos. Pensadores occidentales que van desde Aristóteles hasta Alexander Hamilton sostienen desde hace tiempo que hay una diferencia real entre elegir pasar la vida fumando marihuana en el centro de Ámsterdam y usar la libertad para mejorar el orden político, legal y económico.

Puesto de otra manera, es una civilización que enfatiza lo que el teólogo Servais Pinckaers llamó libertad por excelencia. La idea más amplia de libertad de Occidente es, pues, lo que el autor de *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, Edward Gibbon, llamó «libertad racional»: un estado en el que nuestras pasiones están gobernadas por la razón.

Religión y el Dios razonable

Mientras que un apego a esta concepción plena de la razón es integral a la cultura occidental y ha ayudado a universalizar sus logros, existe otra dimensión de esa civilización sin la que Occidente no puede ignorar si quiere conservar su identidad propia.

Dicho sin embages, sin el judaísmo y sin el cristianismo no hay Ambrosio, Benito, Aquino, Maimónides, Hildegarda de Bingen, Isaac Abravanel, Tomás Moro, Isabel de Hungría, Juan Calvino, Ignacio de Loyola, Hugo Grotius, John Witherspoon, William Wilberforce, Søren Kierkegaard, Fiodor Dostoyevsky, C.S. Lewis, Edith Stein, Elizabeth Anscombe, Joseph Ratzinger, ni la Revolución Gregoriana, la Reforma, Oxford, Harvard, La *Vocación de san Mateo* de Caravaggio, la *Pasión según San Juan* de Bach, la *Ciudad de Dios* de Agustín, la *Divina Comedia* de Dante, los *Pensamientos* de Pascal, Santa Sofía, el Monte Saint-Michel, la Catedral de San Pablo en Londres, el Duomo de Florencia, ni la Gran Sinagoga de Roma. También es mucho más difícil imaginar la deslegitimación de la esclavitud, la afirmación de la igualdad esencial de hombres y mujeres o la desdeificación del Estado y del mundo natural sin la visión de Dios articulada primero por el judaísmo y luego infundida en la médula del Occidente por el cristianismo.

En resumen, la respuesta a la famosa pregunta de Tertuliano —«¿Qué tiene que ver Atenas con Jerusalén?»— es «todo». Esto no es simplemente porque estas figuras claramente occidentales, arquitectura, música y libros están íntimamente asociados con el judaísmo o el cristianismo. Como argumentó el filósofo y teólogo francés Claude Tresmontant en *Les origines de la philosophie chrétienne* (1962):

«Cuando los profetas de Israel reprenden amargamente a la idolatría pagana, están haciendo algo estrictamente racional. Cuando se niegan a sacrificar a los niños humanos a los ídolos o a los mitos, llevan a su trabajo del uso de la razón a una conducta humana práctica. . . . La inspiración que ha llevado a esta revolución intelectual. . . No es algo



IA

dictado desde fuera sobre un instrumento humano servil. Es una revolución que trabaja desde dentro, y que comienza a crear una humanidad nueva, santa y razonable. . .»

En este y otros libros, Tresmontant mostró que las Escrituras Hebreas contienen relatos muy claros de (1) la capacidad de la razón humana para comprender la verdad moral y material, (2) la realidad del libre albedrío y (3) el diseño y la causalidad que impregna la mundo. Además, como ha subrayado John Finnis, estas proposiciones bíblicas se articularon siglos antes de que algunos griegos llegaran a conclusiones similares pero menos claras.

La noción de que todos los seres humanos son iguales como seres humanos, y que en consecuencia no hay subhumanos ni superhumanos, adquirió fuerza única gracias al judaísmo y el énfasis del cristianismo en la creación de todos los humanos como *imago Dei*. Del mismo modo, la libertad en el sentido de que Dios deja al hombre a su propio consejo y le insta a elegir para trascender a la mediocridad, se explica en textos que van desde *Sirácida* 15:15 hasta *Gálatas* 5:11. El llamado del Génesis a los seres humanos para desplegar la potencialidad contenida en el acto creativo original de Dios a través de su inteligencia y su trabajo. estimuló las opiniones positivas de la creatividad humana y la impaciencia con la pasividad.

Estas ideas están limitadas por la insistencia de la Biblia en que el hombre no es Dios y es susceptible de usar su razón de manera equivocada y destructiva. Esto reforzó el énfasis occidental en limitar el poder estatal y creó resistencia a esos impulsos utópicos que periódicamente levantan sus cabezas.

Todo esto está respaldado por el judaísmo y la afirmación del cristianismo de que la verdadera naturaleza de Dios no se revela en creencias que postulan a la nada como iluminación, en religiones pobladas por los frívolos y demasiado humanos dioses de Roma y Grecia, ni en credos dominados por una dura deidad del desierto que exige el cumplimiento ciego de una Voluntad Divina que nos manda a actuar de manera irrazonable. En cambio, encontramos a un Dios que, además de ser un Dios de Amor, es también la Razón Divina, afirmando así que, al principio de todo lo creado, no hay caos. En su lugar, encontramos al Logos.

Un occidente sin Logos

Faltando una amplia confianza en la verdad de esta comprensión de Dios, yo sugeriría que la civilización occidental no puede sino declinar. Hoy en día, por ejemplo, el emotivismo y los reclamos de sentimientos heridos se vuelven armas para detener la discusión en las culturas elitistas y populares acerca de temas que van desde el matrimonio hasta la inmigración. Este eclipse de la razón ha estado acompañado por el ascenso del cientificismo, que inevitablemente sigue el desprendimiento del método empírico de los supuestos filosóficos preempíricos sobre los que descansa.

¿Es una coincidencia que tales desarrollos sean paralelos a la caída de muchas de las afirmaciones del cristianismo ortodoxo? Creo que no. Edward Gibbon asombrosamente asoció a la decadencia del Imperio Romano con el surgimiento del cristianismo. En algunas partes de Occidente, sin embargo, podemos ver lo que sucede con el escepticismo y el ateísmo práctico, por no mencionar las formas del judaísmo y del cristianismo que han abandonado las afirmaciones centrales de verdad de estas creencias acerca de la naturaleza de Dios y del hombre.

Comenzamos, por ejemplo, a subordinar las verdades científicas básicas sobre las mujeres y los hombres a la mentira de la ideología de género. Otros comienzan a volver a atribuir características divinas al medio ambiente. La voluntad de eliminar las restricciones legales en el uso de la fuerza letal contra los seres humanos no nacidos, enfermos y ancianos se hace más generalizada. Los esquemas económicos utópicos que se realizan por medio del mandato estatal se vuelven populares. La preocupación por la libertad se derrumba en la promoción —otra vez mediante la intervención estatal— del libertinaje. Tomadas en conjunto, estas tendencias constituyen el polo opuesto de la civilización occidental, es decir, la barbarie.



IA

El propósito central del judaísmo y del cristianismo no es, por supuesto, promover la cultura occidental. Eso sería subordinar estas religiones a la realización de otros fines. Dicho esto, así como el surgimiento de Occidente tomó un giro decisivo con el surgimiento del cristianismo, también tiene graves consecuencias para esa misma cultura la suplantación gradual del cristianismo por facsímiles pálidos como la religión liberal o antagonistas directos como el materialismo filosófico.

¿Necesitan las personas ser fieles judíos o cristianos ortodoxos para afirmar los logros de la civilización occidental? No. Hay agnósticos y ateos descritos por el difunto Michael Novak como «secularistas sonrientes». Aunque no acepten el judaísmo ni las afirmaciones religiosas del cristianismo, no tienen ninguna duda sobre el papel indispensable de estas creencias en el crecimiento de la cultura occidental.

La discusión y afirmación muy franca de esta contribución es un buen comienzo para los creyentes y no creyentes por igual para redescubrir y reafirmar esas verdades sin las que, mucho me temo, Occidente eventualmente se desconocerá a sí mismo.

Nota

La traducción del artículo «[Reason, faith, and the struggle for Western civilization](#)» publicado por el Acton Institute el 30 de agosto de 2017, es de [ContraPeso.info](#): un proveedor de ideas que sostienen el valor de la libertad responsable y sus consecuencias lógicas. Esta columna apareció originalmente en *Public Discourse*.